

José Carlos Bermejo Barrera

El final de la historia. Ensayos de historia teórica. Madrid, Akal Universitaria, 1987.
288 páginas.

Tan escasas son las contribuciones de pensadores españoles a lo que *grosso modo* puede llamarse Filosofía de la historia, disciplina vituperada y controvertida allí donde la haya, que, de entrada, hay que saludar con efusiva bienvenida toda obra sobre la misma. Máxime si como es el caso de *El final de la historia* se trata seguramente de la mejor publicación al respecto del último bienio.

El volumen consta de tres ensayos, que presentan el *Leitfaden* común de mostrar cómo surge la Historia como ciencia en la Europa del inicio de la pasada centuria, hecho de gran complejidad, dada la convergencia en su aparición de factores sociopolíticos, filosóficos e ideológicos, institucionales o académicos. Esa masa conjugada de elementos que abocó a lo que el autor denomina la instauración del *discurso histórico* es analizada desde una perspectiva epistémica nueva que el autor llama «historia teórica» (el término no es nuevo, lo usa, por ejemplo, Popper en *La pobreza del historicismo*, pero sí el significado), la cual pretende situarse más allá de la mera historiografía y más acá de la pura consideración pensante de la historia para analizar la génesis y el desarrollo de las teorías de matiz filosófico y metodológico que produjeron el parto del discurso histórico. Resulta, en definitiva, la historia teórica de la convicción –y ésta es una tesis central que compartimos– de que sólo es posible reflexionar teóricamente sobre la historia desde la descripción de la propia historia de la historia.

En el primer libro, «El final de la historia», Bermejo se inserta en la continuación de una obra suya de 1.983, *Psicoanálisis del Conocimiento histórico*, en la que siguiendo a Bachelard quiso poner de manifiesto todos los obstáculos (epistemológicos, sociales y psicológicos) que limitan el ejercicio de la actividad racional en los procesos de investigación, elaboración y exposición de la labor historiográfica. Ahora la cuestión es si, dada la eliminación de todos esos obstáculos, queda eliminada a su vez la historia como saber, o si por el contrario se abren las puertas a una nueva labor historiográfica. Sobre dos bases, la teoría de Hegel, que puso en evidencia la relación íntima entre historia y conciencia (cuyos elementos formadores son el etnocentrismo, el progreso y la libertad, y el sujeto de la historia), y la empírica de Ranke, que con su paradigma visual-judicial elevó el documento al nivel institucional; y sobre cuatro categorías (espacio, tiempo, causa y proceso), se instituyó –según pretende demostrar *more foucaultiano* el autor– el único discurso histórico, que hoy, al estarlo sus bases y categorías, se encuentra en crisis. Ya sólo queda elaborar, muerto el discurso, una historia racional y teórica que lleve a cabo en cierto modo una historia de la historiografía mediante el análisis crítico de los conceptos irracionales que los historiadores utilizan inconscientemente en su investigación.

En el segundo libro, «Un concepto del discurso histórico: civilización», Bermejo aborda la relación existente entre la transformación de la noción de sujeto en la filosofía decimonónica, factor capital en el engendramiento del discurso histórico, y la plasmación de conceptos globalizadores, como el de «civilización», «nación» o «mentalidad». Para ello el autor hace un curioso –aunque en ocasiones muy precipitado y ciertamente superficial– recorrido, intentando mostrar cómo el nacimiento del discurso histórico se hizo posible cuando en el pensamiento europeo se pasó de considerar a Dios como el método, con Descartes y Espinosa entre otros, a concebir al Método como dios, con Kant y el idealismo subsiguiente, momento en que se sientan los cimientos para empezar a definir al sujeto por su relación con los otros sujetos, por su relación con el Método y con la Ciencia, quedando Dios desterrado del mundo y entronizados «hechos totalizadores», como el de «civilización», que encubren, anulándolo aparentemente, al sujeto, haciéndolo pasar por objeto.

En el tercer libro, «Friedrich Nietzsche: la moral y la historia», se pone de relieve la conexión entre la historia científica, entre el discurso histórico, y cierta postura ética. En efecto, con la ayuda nietzscheana Bermejo traza el perfil de uno de los fundamentos del discurso histórico, la implicación de su estimado ideal de neutralidad y objetividad con el ideal de justicia del diecinueve y su afán de sofocar los instintos y la irracionalidad consustanciales a la naturaleza humana. Pues la ciencia histórica de petrificadores eruditos y filólogos, convertida en grandiosa exaltación de los poderes del Estado, quiere anular la vida porque desempeña el mismo papel que antaño correspondía a la religión y a la moral.

Se trata, en suma, de una obra a la que si bien puede achacársele una consideración demasiado angosta, casi reduccionista, de lo que el autor llama el discurso histórico, pues, por un lado, éste es limitado a su expresión decinuevesca, y por otro, se hace caber toda la historiografía en el mismo saco discursivo sin apenas matices diferenciadores (especialmente peligrosa y equivocada nos resulta la identificación del hacer de Hegel con el de Ranke), nos parece –y esto es lo importante– muy estimable por su buena porción de originalidad, por la rica cantidad de información de toda índole que proporciona, y por ser estímulo de jugosas reflexiones.

José Antonio MARIN CASANOVA